

Randolph Revoredo Chocano*

Nietzsche.

¿Se puede ser *irracionalista* usando la Razón?

¿Puedo hacer música con ideas? La música tiene lo que Nietzsche quería para sus ideas. ¿El deleite abstracto de la música podía ser expresado racionalmente? ¿*Qué es lo artístico en Nietzsche?*, ¿Qué es aquello que sostiene las rapsodias nietzscheanas?

Los delicados acertijos de psicología femenina:

El seductor involuntario. Por pasar el tiempo lanzó al aire una palabra vana y por ella cayó una mujer.¹

La detestable verdad de la bestialidad moral unidireccional:

No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de fenómenos...²

La hipnosis colectiva —¿Institucional?— del *consensus sapientum*:

El *consensus sapientum* —yo lo he entendido siempre mejor— no prueba, en manera alguna, que los sabios tuviesen razón en aquello en que coincidían. Lo que, en realidad, prueba es que esos sabios tenían entre sí cierta comunidad fisiológica que les hacía colocarse en esa actitud de negación frente a la vida.³

* Egresado en Filosofía de la Universidad Católica de Lima.

1 Nietzsche, F. *La gaya ciencia*. Ed. EMU, México 1983. 2da. Edición 1887; p. 28, XIX.

2 Nietzsche, F. *Más allá del bien y del mal* Ed. Orbis, Barcelona 1983. 1ra. Edición 1886; p.99. *Sentencias e Interludios*, N° 108.

3 Nietzsche, F. *Crepúsculo de los ídolos* Ed. EMU, México 1983. 1ra. edición 1889; p.18 *El problema de Sócrates*, II.

La eclosión reactiva del aforismo,

Fórmulas de mi dicha: un sí, un no, una línea recta, un fin.⁴

Todo esto deja suspendida en el aire una pregunta, a primera impresión banal, a saber, ¿Por qué Nietzsche no fue sistemático? ¿Fue riguroso? ¿Fue claro y preciso? Todas estas, no son preguntas banales porque Schopenhauer no es banal. ¿Pruebas?

1ª Razón: Nuestra consciencia cognoscitiva, manifestándose como sensibilidad exterior o interior (receptividad), entendimiento y razón, se escinde en sujeto y objeto, y fuera de esto no contiene nada. Ser objeto para el sujeto, y ser nuestra representación, es lo mismo. Todas nuestras representaciones son objetos del sujeto, y todos los objetos del sujeto son nuestras representaciones.⁵

2ª Razón: En general, el filósofo auténtico buscará sobre todo claridad y precisión, y se esforzará siempre en parecer, no un turbio y movedizo torrente, sino más bien un lago de Suiza, que por su sosiego tiene en la mayor profundidad gran claridad, precisamente lo que hace visible la profundidad.⁶

3ª Razón: Ciencia no es otra cosa que un sistema de conocimientos, es decir, un todo de conocimientos enlazados, en oposición a un mero agregado de ellos.⁷

Las preguntas no son, pues, banales. Retomemos el punto inicial. Nietzsche *razonaba*; imposible es no razonar en esta situación. —¿Cuál situación?— La científica; en Nietzsche hay un evidente interés por las cosas del mundo. Si bien es cierto que la ciencia no es lo que pretendía y pretende ser —comprensión del mundo—, tampoco es que por ello, con mucho, se agoten sus inherencias o sus propiedades: científico es aquél que se maravilla ante los misterios del mundo. Ninguno de los interesados escapan a este hecho, a saber, que por comprender el mundo, lo inventan. Es siempre cuestión de arte razonado, nada más.

La vida, en oposición a la muerte, a lo inanimado, es voluntad pura; ella, como instinto, como conducta operante, como creatividad,

4 Ibid, p. 16. «Máximas y Sátiras», XLIV.

5 Schopenhauer, A. *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, Ed. Gredos, Madrid 1989, 2da. Edición, 1847; p. 59.

6 Ibid, p. 32.

7 Ibid.

como actividad eficiente, es partícipe de Nietzsche como lo es Nietzsche de ella. En este intercambio, el desorden es una cualidad propia del organismo específico Nietzsche. Pero el desorden en su vida, sus escritos, sus ideas, tuvieron una raíz, a mi juicio, epileptógena o tumoral; sin descartar el *Treponema Pallidum* de la neurosífilis que le atribuye Andrés Sánchez Pascual. No hay *consensum* al respecto. José María Valverde, al contrario de Sánchez Pascual, dice

Parece que Nietzsche heredó la enfermedad de su padre —el diagnóstico en la autopsia de éste fue 'reblandecimiento cerebral'—, con síntomas como su frecuente jaqueca —también sufrida por su hermana Elisabeth— y sus insistentes vómitos: situación nerviosa conectada sin duda con su gran miopía —tres cuartos, y aun siete octavos de ceguera, llega a decir él—, todo ello en preparación de su hundimiento en la locura a los cuarenta y cinco años.⁸

Esta situación, no deja en menos la tesis tradicional que Sánchez Pascual sostiene. Hay evidencia sumamente persuasiva.⁹ Sin embargo, tanto una como otra tesis, no develan este misterio, por lo demás,

8 Valverde, J. M. *Nietzsche, de filólogo a anticristo*. Ed. Planeta, Barcelona 1993; p. 14.

9 Sólo considérense los aspectos clínicos de la sífilis. La denominada *Neurosífilis* es la lesión por el *Treponema Pallidum* del cerebro, meninges o médula espinal. Cuando hay síntomas, la enfermedad puede estar localizada y afectar la corteza cerebral y las meninges específicamente provocando «demencia paralítica» o «parálisis general». Su descripción asombra cuando pensamos en el organismo Nietzsche:

«El proceso inflamatorio, que por lo general invade toda la corteza cerebral, ocasiona grados variables de atrofia. El comienzo es comúnmente insidioso, pero puede ser súbito o explosivo. Los primeros síntomas son cefalea y defecto de la memoria, estos últimos asociados por lo general a una disminución de la capacidad de concentración. La disartria es común. En los casos más avanzados se observan temblores de los labios, la lengua y (con menos frecuencia) de los dedos y las manos. Puede haber alteraciones pupilares. A medida que la enfermedad progresa se hacen notables cambios en la personalidad, conducta irresponsable y hábitos desaliñados. Pueden producirse diversos síntomas psiquiátricos, cuyo tipo más corriente es el del paciente con euforia maníaca y delirio de grandeza». (*El manual Merck*. Ed. Merck Sharp & Dohme. New Jersey 1974; p. 1313)

secundario: sea uno u otro caso, ambos tienen similar efecto en el organismo Nietzsche. Un efecto que culmina en su aniquilación creativa de carácter explícitamente orgánico.

Esta aniquilación, iniciada bruscamente en el espectáculo turinés del maltrato a un caballo por el cochero —enero de 1889—, es un decir «sí» a exactamente lo contrario: las evidencias —hipótesis— que el factor «organismo» pesa significativamente en Nietzsche a lo largo de su vida. Sea de la forma que sea —no importa cómo—, existió ese inusual desorden en el organismo de Nietzsche que, en consecuencia, tiñe su obra.

No es difícil llevar esta sintomatología a Nietzsche. Sobre todo cuando se conoce el desarrollo de su expresión literaria con el paso del tiempo. Sin embargo, y dentro del problema de la expresión literaria de Nietzsche, no creo que el aforismo, tal como sostiene J. M. Valverde, sea consecuencia suficiente de su imposibilidad de escribir debido a su deficiente visión, —y quizá también, a su progresiva disminución de la capacidad de concentración— lo que le obliga a dictar, al memorizarlas, la mayoría de sus ideas en unidades independientes. Dice Valverde sobre la forma aforística de Nietzsche:

«... tal forma responde a su mala vista, haciéndole preparar para el dictado, esos nítidos textos independientes, grabados en la memoria sobre todo en sus largas paseatas solitarias». *Op. cit.*, p. 63.

No sin concederle a Nietzsche el gran arte expresivo del aforismo:

«... el arte del aforismo en su desarrollo (...) no [es] tan acertado cuando llega a dos o más páginas, y quizás tampoco de calidad óptima cuando se reduce a tres o cuatro líneas, haciendo pensar entonces en una «máxima» tipo La Rochefoucauld; más brillante, más aguda, pero más superficial» *Ibid*; p. 88. Pero, el organismo Nietzsche, como todo lo orgánico, digamos, *dialoga* con su entorno, su medio, su ambiente, su cultura, es decir, *sus contingencias*, hasta cierto punto inteligible, y lo hace desde —es cierto— una posición de *desorden*, como se dijo más arriba, pero este diálogo en particular es hecho por un organismo que razona con lo que podríamos llamar *poder poético* de raigambre acústica que lo preconditionaba a *sensibilizar* su actividad racional, originando algo así como «ciencia poética». Tómense sus «Consideraciones Intempestivas» como prueba.

Esta suerte de preconditionalidad, inherente al propio organismo Nietzsche, y su psicofisiología en deterioro, no le haría adoptar el estilo aforístico sin modificarlo cualitativamente y distinguirlo del trato francés de la

El desorden nietzscheano no era para Nietzsche un problema sino más bien una cualidad; en este desorden, empero, la razón participa en su rigor estilístico, y sobre todo, participa en su inevitabilidad. Como manifestación creativa, como movimiento psicofisiológico desconcertante, ínsito en este movimiento peculiar nietzscheano, el desorden está presente como una negación iluminadora del orden, como queriendo revelar «la cara oscura del orden», pero también revelando, a su pesar, «el orden de la cara oscura «¿Cuál cara oscura?: el fatídico signo orgánico de incompletitud psicológica que le atravesaba limpiamente de un costado al otro.

Con todo, Nietzsche, como organismo, usaba la razón creativamente; esto es tan obvio que huelga revisará cualquier obra —incluso el *Zarathustra*— para constatarlo. Por esto, la razón en Nietzsche es cuestión vital. La razón de los filósofos era, entre otros, uno de sus grandes motivos temáticos (Foucault, con todo, no se equivocaba al referirse al interés de Nietzsche por los filósofos, particularmente los

Rocheffocauld. Quizá lo más importante para Nietzsche era la cualidad acústica que tiene la brevedad del aforismo y la música como arte sonoro; por esto creo que el aforismo cuya extensión no pase de las tres líneas, más o menos, guarda una apabullante diferencia con los aforismos o pequeños pensamientos de uno o dos párrafos o páginas.

La «brevedad» no es, según creencia, una cualidad temporal, de la misma forma que el estilo (objeto de la digresión), sea algo sin importancia por ser superficial. La característica esencial de la escritura breve, sea aforística o no, es su capacidad gráfica de reconciliar opuestos y de mantener equilibrios usualmente perdidos en hoja de papel. La posibilidad de la razón (del remitir la causa de una cosa a otra cosa) reside —entre otros elementos— en ser breve. Es igualmente falsa la relación tácita entre complejidad, importancia —o aún seriedad— y extensión en el discurso.

Por lo demás, el aforismo tiene peculiar propiedad acústica, mas no por ello se aleja del cromatismo gráfico del blanco y el negro, del papel y la tinta claramente diferenciados en la hoja de papel que caracteriza lo breve, y que, antes al contrario, lo enriquece.

Al respecto del valor científico del aforismo, remito al interesado, por razones de espacio, al artículo «Lenguaje: el problema de la medianía», publicado en la revista «Psicología» de la Escuela homónima de la UCV de fecha Enero-Diciembre 1993, Vol. XVIII.

neokantianos¹⁰; no en vano, éstas, junto con otras «hipnosis colectivas», —como fantasmas— recorrían Europa por esos tiempos).

El filósofo de Nietzsche siente la necesidad de *crear*. Creer es esa capacidad de eternizar una idea, de momificarla, es decir, de esa cualidad innata de despojar su aspecto cambiante a cualquier cosa que quieran tocar. Pero saben estos filósofos que al tocar y eternizar el ser, éste no hace otra cosa que escapar.

Allí surgen razones:

‘Es forzoso que haya ahí una apariencia, un engaño por efecto del cual no podemos percibir el ser; ¿dónde está el impostor?’ ‘Ya lo tenemos cogido —gritan alegremente—; ¡es la sensualidad! Los sentidos, que *por otra parte son tan inmorales*... los sentidos son quienes nos engañan acerca del mundo verdadero’.¹¹

Los sentidos no mienten, dice Nietzsche, lo que se hace con su verdad, congruente consigo misma, es lo que introduce falsedades o mentiras. ¿Cuáles mentiras?

... por ejemplo, la mentira de la unidad, la mentira de la realidad, de la substancia, de la duración.¹²

Por esto

La razón es la causa de que falseemos el testimonio de los sentidos.¹³

La razón crea entonces un mundo perfecto. Un mundo de formas increíblemente manejables por la razón; formas que dicen más de la ambiciosa impropiedad de aprehensión del todo por parte de un sujeto empírico que de lo que arguyen los filósofos: la evidencia de lo divino opuesta a lo profano que despeja la duda del origen de la razón y de su consecuencia, el hombre.

Este mundo perfecto, es el mundo verdadero, el mundo del bien supremo, del *summum bonum*. Así, el mundo real, es decir, el «mundo-

10 «... no debemos olvidar que en 1873 estamos, si no en pleno kantismo, al menos en plena eclosión del neokantismo.» Foucault, M., *La verdad y las formas jurídicas*. Ed. Gedisa, Barcelona 1991, 1ra. Edición, 1978; p. 20.

11 *El crepúsculo de los ídolos*, *Op. cit.*, p. 26-27. «La Razón en la Filosofía», I.

12 *Ibid.* p. 28, II.

13 *Ibid.*

verdad», es bueno; y todo lo que se le oponga es lo malo, es *inmoral* ¿No hay aquí un substrato moral?

Razón y moral, uno y otro se confunden hasta el punto de equivalerse y tener, a su vez, el mismo substrato:

El Mundo-verdad inaccesible, indemostrable, que no se puede prometer, pero que aun suponiendo que fuese un imaginario, es un consuelo y un imperativo.¹⁴

Pero aquí, justo en este desorden, es que eclosiona la circularidad y la intervención directa de la voz del desorden mismo nietzscheano; es cuando interviene el agente disruptivo de la autorrefutación:

El Mundo-verdad ha quedado abolido, ¿qué mundo nos queda? ¿El mundo de las apariencias? ¡Pero no; con el *Mundo-verdad* hemos abolido el mundo de las apariencias!¹⁵

Es este un átomo, una muestra entre otras, de la negativa del genio, de la negativa del organismo a *reconocerse creativo, a reconocerse organismo*, a cobrar intempestivamente su precio por aquella insufrible inmadurez organísmica que el admirable Schopenhauer le mostraba impasible en cada letra, en cada línea, en cada idea, y obra; ¿Cómo es posible que Schopenhauer fuese claro, sólido, *ordenado*, riguroso? —¿y hasta sistemático!— ¿cómo es posible la verdad entre tantas mentiras?

Esto *obliga* a introducir una pregunta diabólicamente desconcertante. ¿Refuta el estilo Schopenhauer a Nietzsche?. Y a realizar otra mucha más punzante: ¿Puede un estilo *refutar*? Esto toca fondo cuando se piensa en la crítica como un valor esencial del siglo; y cuando se piensa en la razón como objeto privilegiado por ser atributo exclusivo de la vida y ansiado como punto arquimédico de apoyo. Ni hablar del terror de los que ignoran esta misma razón —su instrumento— y creen cristalizar la realidad, justa y digna, cayendo en el peor de los azares conocidos: ser víctima de las ideas.

Cierto es que cada uno unificó el Mundo. El Mundo como uno *en oposición al Doble Mundo* —al dualismo—, por tanto, como Mundo

14 *Ibid.* p. 35. «Cómo el 'mundo-verdad', vino a reducir al cabo a una fábula», III.

15 *Ibid.* p. 36, VI.

incompleto, inexhaustivo, desconcertante, inabarcable. Pero estas unificaciones fueron una la sobra de la otra; Schopenhauer edifica en base a los «Juicios sintéticos a priori»; fuera de esto no hay nada: hay un hipersujeto, el sujeto es todo, y todo es el sujeto. Nietzsche en cambio, se conduce en la base del bios, del organismo vivo: el hiposujeto, el sujeto es nada, y nada es el sujeto. ¿Cuál sujeto? Sabemos cual: el *Ego Cogitans*.

Cierto es que en ambos, Nietzsche y Schopenhauer, les une lo que los distingue: la originalidad de sus criaturas; y sobre todo, la originalidad de la originalidad. Como cierto es, también, que Nietzsche, organismo genial en desorden e inmaduro, respondiese genial, desordenada e inmaduramente a la pregunta sobre la posibilidad *racional* del irracionalista, que ella, de suyo, no escucha razones.